

LOS DELFINES DE FRANCIA

LA derecha francesa tiene una enorme nostalgia de la monarquía. Es su certificado de origen; es su propio nombre. Eran «de la derecha» aquellos diputados que en las primeras asambleas nacionales, sentados a la derecha del Presidente, defendían el regreso al antiguo régimen. La monarquía de la sangre se perdió definitivamente después de algunos intentos —imperio, restauración—, pero el reflejo no se perdió. Incluso se convirtió en complejo. Toda la ambición política de la derecha ha sido la de constituir un régimen monárquico: es decir, reuniendo el poder y el símbolo en un solo hombre. El general Charles de Gaulle fue el mejor intérprete de ese papel. Hasta él las constituciones habían separado el símbolo —el Presidente de la República— del poder —tradicionalmente dividido en ejecutivo y legislativo: el gobierno por un lado, la Asamblea por otro, surgidos del juego de los partidos políticos y las elecciones—. De Gaulle tenía el toque providencialista —el hombre que salvó a Francia— y lo cultivaba con sus peculiaridades personales: su lenguaje, su distanciamiento, sus actitudes. Era un soberano.

PERO el general De Gaulle no pensaba sólo en sí mismo. Trataba de instaurar. Sentía más que nadie el complejo monárquico de la derecha. Gobernaba mucho para el momento presente; más para el futuro. Todo el sentido de sus reformas constitucionales y administrativas era



La respuesta de Edgar Faure al presentarse, también ha roto el mito de la unidad. En la foto, con Alain Poher, presidente del Senado y Presidente interino de la República.

el de asegurar una dinastía larga; no la de la sangre, sino la del grupo apañado en torno a él, la de la idea. Este soberano designó un delfín, Pompidou. Los nuevos barones de la política, sin embargo, se precipitaron. La derecha llevó antes de tiempo a De Gaulle a la abdicación, porque tenía miedo de que no fuese suficientemente fuerte —un miedo que se hizo agudo en la pequeña revolución de mayo de 1968— y por borrar las deficiencias legales de su origen —el golpe de estado de 13 de mayo de 1958—; tenía prisa porque la legalidad del régimen se probase por los instrumentos que él mismo había creado. A esta distancia puede pensarse que fue, para ellos, un error. Si De Gaulle hubiese permanecido en el poder hasta su muerte —y quién sabe si esa muerte habría tardado más en llegar— habría podido terminar mejor, perfilar mejor, la línea de la sucesión política y los mecanismos de acceso al poder de sus barones. Sobre esa acción precipitada, una muerte prematura, la de Pompidou, hace ahora el tema más difícil. La sucesión está en litigio. Y no sólo la del hombre, sino la del sistema.

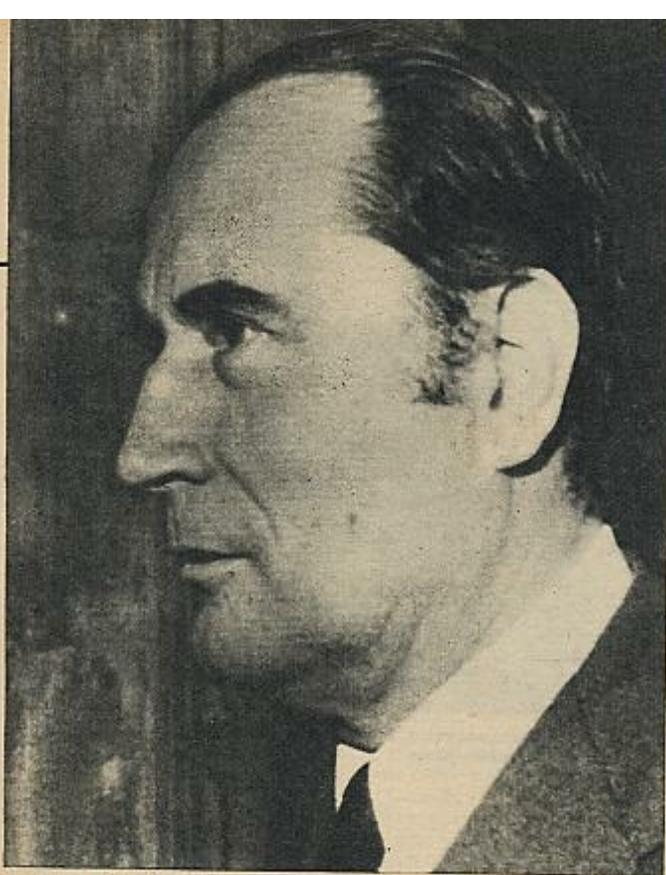
SEGUN lo instaurado, un delfín debía ahora alzarse a esperar la consagración del pueblo por el referéndum (a la elección presidencial se le dio, en la instauración, un valor referendario. Hasta De Gaulle, los

Presidentes los elegían los compromisarios, los diputados y los senadores reunidos en sesión conjunta; el general cambió ese sistema de la democracia indirecta por el de la elección popular en dos turnos). No parece, en este momento, que vaya a ser así. Del seno de la mayoría han brotado varios delfines. Pueden salir más aún. El gobierno ha retrasado la fecha de las elecciones hasta el último momento posible, dentro de la ley: el domingo 5 de mayo. Quizá con alguna facilidad en interpretación constitucional, puesto que de no salir elegido el Presidente en el primer turno, el segundo habrá de celebrarse el día 12, o sea después de la fecha máxima autorizada, que es la del 7 de mayo. Este retraso de una semana sobre la fecha indicada en los primeros momentos, y que parecía la mejor, la del 28 de abril, tiene el objeto único de permitir a la mayoría que dirima sus pendencias y busque la posibilidad de ponerse de acuerdo en un sólo hombre. Que no rompa el reflejo de algo que debería parecer elaborado por el destino, más que por los hombres. Va a ser difícil: la imagen está destrozada. La velocidad de Chaban Delmas al presentar, personalmente, su candidatura; la inmediata respuesta de Edgar Faure al hacer constar la suya, han desbaratado el mito de la unidad, la presentación del nombre «que no podía ser otro». Más aspirantes a delfines se han quedado en pleno pasmo: Messmer —el favorito de Pompidou, el hombre leal, austero, firme—, Giscard d'Estaing, el propio ascendente Jobert, cuya habilidad en la negociación con el extranjero le estaba creando un pedestal. Tal vez alguno más...

NO se puede ahora saber cómo va a quedar la candidatura de la derecha. El plazo para la presentación oficial —cualquier ciudadano puede presentarse si reúne la suficiente cantidad de firmas de calidad que le respalden y está dentro de unos mínimos legales— hubiera debido terminar este martes, si las elecciones se anunciaban para la fecha prevista; al celebrarse el 5 de mayo, queda ampliado hasta el martes 16. Hay tiempo para algunas combinaciones. Lo que se especule ahora carecerá de valor dentro de unos días (si Edgar Faure se retira para dejar paso a Chaban, si Giscard apoya o no a Faure, qué hará el centro independiente, etcétera), cuando la lista oficial esté proclamada.

LO que ahora se puede decir es que el sistema creado por el general De Gaulle ha entrado en la mayor decadencia. Salga elegido uno de los suyos y será igual. Sólo podrá decirse que ha sido nombrado por la elección popular un candidato de la derecha, de una derecha dividida y desgarrada; pero nunca que el régimen se sucede a sí mismo. No será, probablemente, justo, decir que nadie ha sabido mantener la herencia del general De Gaulle: es posible que la desintegración comenzase a producirse ya en los últimos años de su reinado, y que la sangre que mane ahora sea la de la puñalada que le asestaron los suyos en 1968.

PARA la izquierda —la izquierda parlamentaria, no la revolucionaria: ésta se presenta a las elecciones más que nada por medir su fuerza, por hacer acto de presencia, pero no ignorando su imposibilidad absoluta, con la esperanza de recoger votos que no son positivos para ella, sino negativos para los demás—, la opción es algo más fácil. El partido comunista se pliega a las condiciones de sus aliados. La condición esencial era que no hubiese condiciones. Mitterrand ha estado labrando durante los últimos tiempos su propia escultura presidencial: más que como hombre de partido, aparece como símbolo de democracia humillada por las autocracias del régimen. Apela a una izquierda general y abstracta. No dejemos de reconocer en esta interpretación algo propio de su enemigo De Gaulle. Fue él quien quiso que la presidencia símbolo/poder encarnase en un hombre más que en un partido, y Mitterrand entra en la lucha por esa vía. Pensó la izquierda que debería ayudarle con un programa de mínimos, como una especie de reproducción de los acuerdos conjuntos entre el partido socialista y el comunista. Mitterrand no quiso tal cosa. Basta con una simple alusión a que representa los sentimientos humanistas de toda la izquierda. Mitterrand quiere los votos comunistas y los va a tener. Se habló también de una astucia electoral: los comunistas presentarían un candidato propio en el primer turno, con la esperanza de que Mitterrand y el comunista quedasen en cabeza de la lista y, en el segundo turno, hasta la más fanática derecha votaría por Mitterrand para evitar el triunfo del comunista. Era una solución demasiado maquiavélica, que no ha prosperado por ahora. A los comunistas no les interesa este papel.

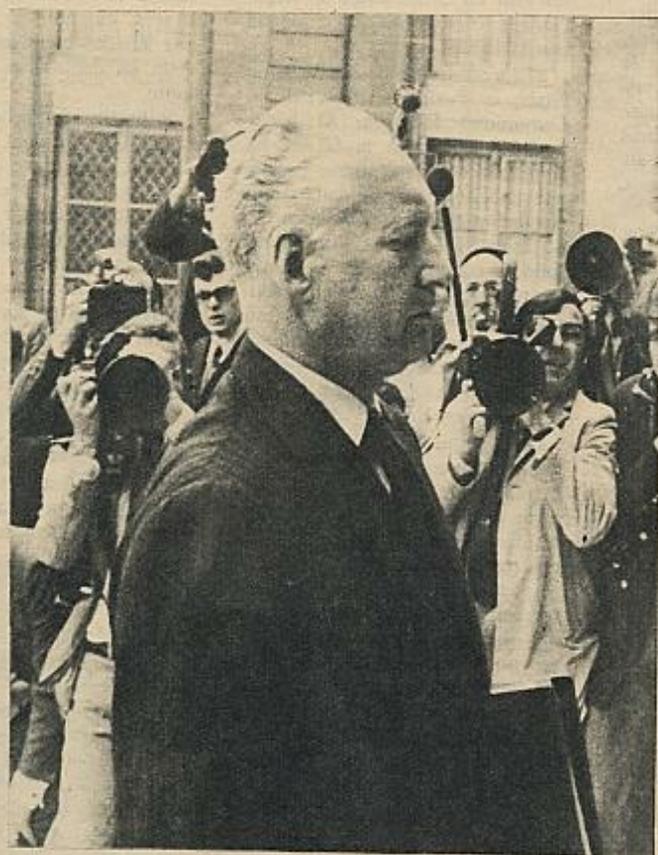


François Mitterrand quiere los votos del partido comunista, y los va a tener.

CUALES son las posibilidades de Mitterrand? No se pueden prever hasta que no esté terminada la lista de candidatos oficiales. Dependerá mucho de hasta qué punto se divida la derecha y se repartan sus votos, y de si el centro presenta su propia candidatura —Poher, Lecanuet...— o suma sus votos a uno de los hombres de la mayoría gubernamental. En una opción simple Mitterrand-Chaban Delmas, por ejemplo, para un segundo turno, Mitterrand no podría probablemente salir adelante. Francia es un país muy conservador, y las situaciones de

crisis le hacen volverse hacia el poder constituido o, todo lo más, buscar una solución centrista. Las crisis ahora se multiplican. En política exterior, el gran desafío a los Estados Unidos, las resquebrajaduras de Europa; en el interior, las tremendas alzas de precios y la situación social deteriorada, con huelgas continuas. Se había dicho que la izquierda contendría las huelgas durante el período electoral para no provocar el pánico de los burgueses y un voto reflejo a favor de los garantes de «la ley y el orden», como gusta de presentarse siempre la derecha, pero el secretario general de la CGT —sindicatos de origen comunista—, Georges Séguy, ha anunciado ya que no habrá tregua, porque la urgencia de la situación social no lo permite. Hay que pensar más bien que lo que sucede es que no las puede controlar. En muchos sectores, las huelgas se están produciendo ya al margen de los sindicatos, desbordando a los dirigentes.

UNA opción muy posible —con todas las reservas, naturalmente; insistiendo hasta la tozudez en que hay que esperar la lista final de los candidatos— es la de Edgar Faure. Unido hasta ahora a la mayoría, no pertenece estrictamente a ella, Edgar Faure fue un radical, del viejo y en sus tiempos poderoso partido de Herriot, y luego de Mendes France; ha sido dos veces presidente del Consejo antes de que rebrotase De Gaulle, y su gusto por el parlamentarismo y la democracia de partidos no se han extinguido nunca. Ya con De Gaulle ha sido ministro de Educación, y su ley se ha mostrado viable, cuando no parecía que había ninguna posibilidad de salvar la educación. Es un político hábil y astuto, inteligente, intelectual de vocación (su esposa es una novelista estimable, Lucie Faure; él mismo ha escrito, con seudónimo, algunas novelas policíacas). No es un ideal para Francia, pero es un posibilista. Y entre las soluciones que podría brindar al país habría una que le haría especialmente elogiado: la de desvestir al sistema de su túnica falsa, y recuperar las formas democráticas. Una Constitución en la que se volviese a una división real de poderes, y un sistema electoral que pudiera reflejar en la Asamblea la verdadera fisonomía política de Francia. La frase de Edgar Faure en el elogio póstumo a Pompidou se ha comentado mucho: «Pompidou ha entrado en la historia al morir». Tiene todos los sentidos que se quiera, y el que parece corresponder más a su estilo es el de que realmente su muerte puede cambiar la historia de Francia, ya que no consiguió, en vida, dar al país los impulsos históricos que su poder le hubiese permitido...



Jacques Chaban Delmas, figura de la liberación de París, ex primer ministro, alcalde de Burdeos, se apresuró a presentar su candidatura. Messmer, el favorito de Pompidou, el hombre leal, austero y firme, fue uno de los primeros sorprendidos con esta rápida decisión de Chaban Delmas...